

presente e inquisición sobre los restos del pasado—, «Si supieras»—desnudo y fervoroso canto a la gran verdad del grande y bueno Antonio Machado: «nuestra verdad te continúa, / te somos fieles en la lucha»—, «Maquiavelo en San Casciano» y «Ahora», poema este último de esta parte, declaración explícita de la fe del poeta en la libertad; palabra que estalle contra la noche y sus sombras, contra todos los muros de opresión alzados ante el hombre, y como un final estallido cierra esa palabra deseada el poema, en el clímax de una mesurada y noble retórica.

En los últimos poemas de *La memoria y los signos*, la amargura arrastrada por la memoria, la convicción de un tiempo roto, de un mundo deshecho, de un presente de oprobio coexiste en otros poemas con la búsqueda de la alegría, la necesidad de un nuevo canto, en donde la palabra no sea jamás vehículo de ideas prostituídas, de viejas y apolilladas idolatrías, sino «un canto nuevo, mío, de mi prójimo». Porque, aunque la noche es larga y en ella alientan y corroen con renovados ímpetus todas sus alimañas, Valente quiere levantar su canto, su palabra «para arrasar el mundo, / para extinguir el odio / y arrastrarnos». ¿Sueño?, acaso. Pero sólo en postura combativa podemos aspirar al cambio. Y así, nos entrega el poeta su final afirmación de fe en el último poema—que ya comenté en las primeras líneas de este escrito—, más válida, más eficaz para los demás ya que se alza en tenaz, patética, casi imposible, pero irrenunciable lucha contra un tiempo de muerte, sobre un lugar de huecas o falsas palabras.

En su mejor plenitud, José Angel Valente ha hecho, para bien de la poesía española, un hermoso libro, dolorido y esperanzado, testimonial y solidario, en donde su intención de hombre, libre, justo, desmixtificador, encuentra siempre la exacta, necesaria, insustituible expresión. La que nos hace estar—y esto no ocurre con mucha frecuencia— ante un poeta.—EMILIO MIRÓ.

## UNA NUEVA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

La investigación científica española, que alcanza a veces realizaciones admirables, adolece frecuentemente de una serie de defectos. La simple mención de algunos de ellos no supone una crítica negativa, sino, obviamente, el propósito de contribuir a remediarlos:

1. Incomunicación entre las diversas parcelas científicas: Entre ciencias y letras, entre literatura y filosofía, entre arte y sociología, etc.

2. **Localismo:** Muchos fenómenos son calificados de típicamente españoles sólo porque no han sido puestos en relación con los extranjeros correspondientes.

3. Falta de sensibilidad para lo que exige el espíritu de nuestro tiempo.

4. Lejanía e indiferencia absolutas respecto de los auténticos intereses y necesidades del hombre de nuestros días.

En las materias incluídas tradicionalmente bajo el rótulo de «humanidades», el problema fundamental que se plantea, a nuestro juicio, es el de atribuir a la erudición el papel que le corresponde. Oímos decir muchas veces que en España «no hay rigor», «no se trabaja seriamente», etc. Algo de verdad hay en esto, desde luego, y son más que sospechosas las presuntas campañas a favor del rigor intelectual, porque es ésta una cualidad que debe demostrarse calladamente en vez de pregonarse desde los periódicos.

Lo curioso es que la afirmación contraria también resulta parcialmente válida: En España, en muchos aspectos, nos sobra erudición sin sentido. Hace bastantes años se burlaba ya D'Ors de los temas frecuentes en tesis doctorales de Historia del Arte: a un estudiante nacido en Carmona, por ejemplo, se le impulsa a estudiar los datos biográficos de los hijos naturales de los imagineros nacidos en Carmona; a nadie se le ocurre, en cambio, que una persona joven pueda trabajar seriamente sobre las ideas de Miguel Angel, o, diríamos hoy, sobre la interpretación marxista del fenómeno estético.

Da la impresión, frecuentemente, de que todavía permanecemos asombrados ante los logros de un positivismo decimonónico de inspiración fundamentalmente germana: quizá porque es lo más opuesto —según suele decirse— a nuestras cualidades innatas. O quizás porque, bajo la apariencia de dificultad, reunir datos positivos es el trabajo que exige menos inteligencia.

Sin utopías ingenuas, hay que aspirar a una ciencia que *diga* cosas, que interese a los hombres cultos y no sólo a los especialistas, que se enfrente con problemas vivos, que se arriesgue a interpretaciones personales susceptibles de crítica.

Por otro lado (y a esto estaba dirigida toda nuestra divagación), los libros científicos españoles suelen mostrar un orgulloso desprecio por todo lo que suponga facilitar el acceso de los estudiantes a la ciencia. No hace falta ser un gran pedagogo para apreciarlo. Los jóvenes españoles tienen que pelearse muchas veces con libros de texto monstruosos, que no alcanzan los mínimos exigibles de orden, claridad e inteligibilidad. En este punto concreto, la comparación con Francia produce resultados bochornosos para nosotros. Nos falta también mu-

cho del sentido práctico, utilitario, que los norteamericanos extienden a los asuntos culturales.

Nuestra experiencia personal nos enseña que pocas cosas son tan necesarias en la universidad española como la existencia en cada asignatura de un buen manual: claro, ordenado, pedagógico, renovador, puesto al día. Todos hemos padecido esos increíbles apuntes mult copiados o hemos luchado para superar esa carrera de obstáculos que supone aprobar algunas asignaturas. La mentalidad científica española debe comprender la enorme *eficacia social* que puede ejercer un buen libro de texto.

Nos llega ahora una nueva historia de la literatura española (1), la de Juan Luis Alborg, conocido especialmente por su *Hora actual de la novela en España* (2). Hay que reconocer que el estudiante español, a la hora de elegir un manual de esta materia, disponía de varias posibilidades, pero no todas eran plenamente satisfactorias. No está de más, creemos, un ligero repaso a los principales tratados.

Durante muchos años se repartían la primacía el libro de Hurtado y González-Palencia (3), con su escueta acumulación de datos positivos y juicios tradicionales, y el de Valbuena Prat (4), con agudas interpretaciones críticas que han pasado ya a ser patrimonio común de todos los estudiantes.

El papel desempeñado por el libro de Hurtado y Palencia ha sido continuado, en cierto modo, por el de Díez-Echarri y Roca Franquesa (5): Multitud de datos (con algunos errores), juicios ponderados y abundante bibliografía. Incluye también una historia de la literatura hispanoamericana.

Un manual muy utilizado en la universidad, sencillo y práctico, es el de García López (6). Su mayor mérito reside, quizá, en las introducciones generales a las diversas épocas.

El «Diccionario de Literatura» de la *Revista de Occidente* (7) nos parece de una extraordinaria utilidad. Comprende también métrica, figuras retóricas, literaturas hispánicas, índice cronológico, mapas lite-

---

(1) JUAN LUIS ALBORG: *Historia de la Literatura Española: I. Edad Media y Renacimiento*, ed. Gredos, Madrid, 1966.

(2) Dos vols., col. Persiles, ed. Taurus, Madrid, 1958 y 1962.

(3) JUAN HURTADO y ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA: *Historia de la literatura española*, ed. Atlas, 6.ª edic. corregida y aumentada, Madrid, 1949.

(4) A. VALBUENA PRAT: *Historia de la literatura española*, 3 vols., 7.ª edic., Barcelona, 1964.

(5) E. Díez-ECHARRI y J. M. ROCA FRANQUESA: *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, ed. Aguilar, Madrid, 1960. Ha aparecido recientemente una nueva edición puesta al día.

(6) JOSÉ GARCÍA LÓPEZ: *Historia de la literatura española*, ed. Teide, 6.ª edición, Barcelona, 1961.

(7) Dirigido por Jullán Marías y Germán Bleiberg, 3.ª edic. Madrid, 1964.

rarios, etc. Para el estudiante medio, sin embargo, la ordenación alfabética resulta poco atrayente.

El manual de Angel del Río (8) se caracteriza por la escasez de datos eruditos y la acertada síntesis pedagógica acerca de los grandes autores clásicos. La última edición ha incorporado las aportaciones recientes de los principales críticos: Dámaso Alonso, Bataillon, Américo Castro, etc.

La *Historia general de las literaturas hispánicas*, dirigida por Guillermo Díaz-Plaja, es una obra monumental a punto ya de concluirse (9). Tiene las virtudes y los defectos de las obras colectivas: los estudios críticos son muy desiguales. Algunos (los de Filgueira Valverde, Lapesa, Lázaro Carreter, Baquero Goyanes, etc.) nos parecen excelentes.

La obra de Alborg que ahora comentamos constará de cuatro gruesos volúmenes. Ha aparecido el primero, que comprende Edad Media y Renacimiento, y está ya anunciado el segundo, dedicado al barroco.

Prescinde Alborg de los escritores hispanolatinos, latinomedievales, árabes y judíos. Sigue el criterio idiomático: literatura española es igual a literatura castellana. No incluye, por tanto, las literaturas catalana y gallega, ni tampoco la hispanoamericana. Las deja a «quienes puedan estudiarlas adecuadamente con el espacio requerido y plena autoridad» (p. 12).

La disculpa es bastante lógica, pero no tanto como para parecernos plenamente aceptable. Los errores tradicionales no deben perpetuarse. En nuestra opinión, una historia de la literatura española escrita hoy debe incluir necesariamente resúmenes, más o menos extensos, de las literaturas peninsulares e hispanoamericanas. Existen ya buenos tratados (los de Martín de Riquer, Carballo Calero y Anderson Imbert, respectivamente) que pueden servir de orientación al no especialista. Por otra parte, todos los que estudiamos literatura española estamos obligados a realizar un auténtico (y humilde) esfuerzo para que no sea demasiado grande nuestro desconocimiento de las restantes literaturas hispánicas.

Hace Alborg una pequeña introducción sobre los orígenes de la Historia de España, basándose en los trabajos de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Américo Castro, Sánchez Albornoz y Maravall. Señala luego los caracteres que han considerado típicos de la literatura española, en su conjunto, Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Vossler,

---

(8) ANGEL DEL RÍO: *Historia de la literatura española*, edición revisada, ed. Holt, Reinhardt and Winston, New York, 1963.

(9) Ed. Barna, Barcelona, 1949 (en publicación). Han aparecido 6 vols.

Farinelli, Onís y Américo Castro. Se plantea el problema de la división en períodos e incluye una buena bibliografía de tipo general, puesta al día, pero sin comentarios.

Apenas aparecido, el libro de Alborg ha suscitado críticas muy contrapuestas. Esto es perfectamente lógico, dado lo ambicioso del proyecto. El reparo que más frecuentemente hemos podido oír es el de falta de originalidad. Bien. Nuestra crítica no se caracteriza, creemos, por la excesiva blandura, pero este reproche nos parece verdaderamente injusto. ¿Puede alguien escribir una historia de la literatura española basada exclusivamente en los criterios personales de su autor? De ser posible, ¿sería de alguna utilidad?

Toda persona que se acerque con buena voluntad al libro de Alborg quedará admirado ante el enorme trabajo, la inteligente selección y utilización de textos críticos en número asombroso. Sobre cada punto, incluye Alborg amplios resúmenes de las principales investigaciones e interpretaciones existentes.

Siendo ésta la tónica del libro, nuestra información y nuestra crítica deberán centrarse en las fuentes elegidas, para alabar su oportunidad o censurar, en alguna ocasión, que haya resumido unos textos y no otros que nos parecen importantes.

Nuestro comentario, así pues, se va a convertir en un aburridísimo rosario de escritores, críticos citados y otros que deberían haberlo sido. A pesar de la monotonía, ésta nos parece la única actitud seria y honrada ante una obra de tal importancia.

Hace Alborg un buen resumen (en 35 páginas) de los problemas que plantea la épica primitiva: Formación de los poemas, origen de la épica castellana y caracteres. Sigue plenamente, claro está, a Menéndez Pidal, recogiendo ya su reciente afirmación del doble autor en el *Poema del Cid*. Resume también algunas afirmaciones de Vossler, Salinas y Chasca. Nos hubiera gustado ver también resumidas las de Dámaso Alonso (psicología y humor), Gilman (tiempo), Ubieto (fecha) y Lapesa (lengua). Es excelente el capítulo dedicado a los orígenes de la lírica y jarchas mozárabes.

Concede Alborg gran importancia (15 páginas) a la figura literaria de Alfonso X. Se basa aquí en Solalinde y Menéndez Pidal. Subraya con acierto la tolerancia de las Partidas con los moros y judíos. Incluye el texto del elogio de España. Echamos de menos una referencia al lenguaje, basada en los estudios de Menéndez Pidal y Lapesa.

Dedica al Arcipreste de Hita 12 páginas: es poco, a nuestro juicio, aunque se trate de una sola obra, dada su categoría excepcional; sobre todo si lo comparamos con las 15 páginas de Alfonso X. Se basa

bastante en los trabajos de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Dámaso Alonso y Criado. Da una visión clara, sintética, moderada en el juicio. Prefiere no entrar en las complicadas polémicas acerca del autobiografismo y la moralidad de la obra. Dada la orientación de esta historia, creemos que merecían ser resumidas algunas tesis de María Rosa Lida, Américo Castro, Spitzer y Márquez Villanueva (10).

Es amplio el estudio de don Juan Manuel, basándose en Menéndez Pelayo y Giménez Soler. Además de esto, apuntan aquí varias notas originales de Alborg: se plantea por qué escribía libros y cuál era su actitud (relacionable con la de Cervantes) ante la consideración social del escritor. Se trata, como vemos, de una crítica de tipo psicológico, pero interesante.

En el capítulo de los grandes poetas del siglo xv sigue fundamentalmente a Lapesa (para Santillana), y a Blecua, Valbuena y María Rosa Lida (para Mena). Dedicó a Jorge Manrique únicamente cuatro páginas: quizá hubiera sido conveniente ampliarlas algo con resúmenes de las opiniones de Salinas y Américo Castro.

Hace Alborg un amplio y buen resumen del romancero, basado totalmente en Menéndez Pidal. Debiera añadirse, a nuestro juicio, un resumen del trabajo de Lapesa sobre el lenguaje en la épica y el romancero viejo.

Para el arcipreste de Talavera se basa en Menéndez Pelayo y Dámaso Alonso. Para la prosa histórica del xv, en Sánchez Alonso. Resume los caracteres de los libros de caballerías y la cuestión del *Amadís*, incluyendo ya la referencia a los recientes trabajos de Rodríguez Moñino y Lapesa.

Hace Alborg un ponderado resumen de los distintos elementos que participan en la formación del teatro medieval, basándose en Schack, Valbuena y Díaz-Plaja. Personalmente nos resulta asombroso que no utilice el excelente trabajo de Lázaro Carreter, que proporciona datos mucho más concretos y caracteres perfectamente definidos (11).

Considera con amplitud a Juan del Encina, basándose en Cañete, Cotarelo y Valbuena. Quizá fuera conveniente añadir una alusión a las tesis de Andrews y Américo Castro.

El resumen de *La Celestina* es discreto, basado en Menéndez Pelayo, Maeztu, Castro Guisasola, Pidal y Gilman, pero no quiere entrar en el problema del judaísmo. Nos parece extraño no mencionarlo siquiera cuando desciende a puntos tan concretos, por ejemplo, como

---

(10) Damos sólo la referencia de este último trabajo por ser menos conocido: FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA: «El buen amor», en *Revista de Occidente*, 2.ª época, núm. 27, junio 1965, pp. 269-292.

(11) F. LÁZARO CARRETER: Prólogo a su edición de *Teatro medieval*, ed. Castalia, col. Odras Nuevos, Valencia, 1958, pp. 10-63.

la importancia de la magia. Merece todos nuestros elogios la alusión a obras tan recientes como las de Maravall, Asensio (*Itinerario del entremés*) y la segunda edición corregida de Criado y Trotter. Nos gustaría ver reproducidas, junto a éstas, las opiniones fundamentales de María Rosa Lida, Riquer y Américo Castro. No hace referencia al descubrimiento de Daniel Poyán.

Al enfocar el problema del Renacimiento, distingue Alborg dos apartados: Renacimiento en general y Renacimiento en España, aunque a veces se produzcan interferencias entre los dos. En el primero da las orientaciones básicas, usuales en un manual, e incluye amplia bibliografía extranjera; aquí está por debajo, sin embargo, del libro de Angel del Río. En el segundo apartado, hablando del erasmismo, sería justo subrayar la importancia decisiva del libro de Bataillon frente a otros estudios. Utiliza ampliamente los estudios de Vossler, mientras que no hace referencia a Américo Castro y sus planteamientos del problema de la honra.

En su estudio de Garcilaso, Alborg sigue fundamentalmente a Dámaso Alonso y Lapesa; utiliza también a Azorín, Montesinos, Pidal, Serrano Poncela, Rosales y Sobejano. Se centra principalmente en la consideración del dualismo imitación-originalidad y sus complementarios: retórica-intimidad y belleza-emoción.

Dedica a Torres Naharro una importancia y un espacio muy superiores a lo que es tradicional; cae así dentro de la actual (incipiente) tendencia de revalorización. Este apartado denota con toda claridad una lectura personal, inteligente.

Para estudiar a Gil Vicente se basa en Dámaso Alonso, Hart, Eugenio Asensio y Menéndez Pelayo. Le concede mucho espacio y enorme importancia. Propone Alborg una división temática de sus obras en tres grupos (religiosas, comedias y farsas costumbristas) que nos parece sencilla pero incompleta.

En el capítulo de los Valdés sigue, como es lógico, a Montesinos y Bataillon. El de Guevara se basa en Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y el sugestivo artículo de Américo Castro.

Fray Luis de León merece en esta obra un amplio y buen estudio, basado en Menéndez Pelayo, Dámaso Alonso, Lapesa, Onís y el padre Vega. Para Herrera se basa en el libro de Macrí y las múltiples referencias de Dámaso Alonso; usa también las investigaciones de Blecua. Creemos que merecé ser citado en la bibliografía, con independencia del juicio que merezca, el reciente estudio de Gabriel Celaya incluido en su libro *Exploración de la poesía*. Menos justificable nos

parece no hacer referencia al estudio de Alberto Sánchez sobre la escuela poética andaluza (12).

Alborg estudia las razones históricas y literarias que dan lugar a la picaresca. Se basa en los trabajos de Américo Castro, Pfandl, Chandler, Valbuena, Barja, Miguel Herrero y Maravall. Subraya con acierto varias declaraciones (en obras de H. de Luna, Cervantes y Alemán) que alaban las delicias de la vida picaresca. Da al problema de la división en épocas la solución más sencilla e indudable. Por una parte, el *Lazarillo*; por otra, todo lo demás. En la bibliografía echamos de menos el excelente volumen de Maldonado de Guevara: *Tiempo de viejo y tiempo de niño*.

Para el estudio de la novela pastoril se basa en los clásicos de Menéndez Pelayo, Ferreres y López Estrada. Nos parece extraño que no utilice más el libro de conjunto de Avalor-Arce. Creemos que sería conveniente aludir a los problemas suscitados por Américo Castro y Bataillon, que ponen en contacto a la novela pastoril con importantes corrientes ideológicas y conflictos vitales del Renacimiento.

El estudio de la mística española plantea, a nuestro juicio, una de las mayores dificultades dentro del campo de nuestra literatura. Se entrecruzan aquí problemas de índole muy diversa, que suelen impedir la visión clara y desapasionada de los textos. Alborg logra en este capítulo uno de los mayores aciertos de todo el libro. Dedicar 15 páginas a la ascética y mística en general. Sabe elegir guías excelentes: Sáinz Rodríguez, Américo Castro y Hatzfeld. Distingue varios problemas concretos y los enfoca con gran claridad. Quizá lo único que falta es la insistencia en las razones históricas que hacen posible esta literatura.

La materia aparece dividida en seis apartados, con orden excelente: 1) La mística como un caso más de los «frutos tardíos» (Pidal y Sáinz Rodríguez). 2) Causas de su aparición. 3) Carácter de la mística española. 4) Duración y etapas. 5) División doctrinal o por escuelas. 6) Posibles influjos sobre la mística española (Hatzfeld).

Nos resulta extraño, y no parece muy justificado, no hallar una consideración individual de Juan de Avila, teniendo en cuenta, además de la valoración tradicional, el importante papel que Bataillon le atribuye dentro de la espiritualidad española.

Para Santa Teresa se basa Alborg en los estudios de Sáinz Rodríguez, Ricard, Morel-Fatio, Etchegoyen y Menéndez Pidal. Para San Juan de la Cruz, sabe escoger como guías a dos poetas: Dámaso Alonso y Jorge Guillén. Podría, quizá, añadir algo de Hatzfeld y Bataillon.

---

(12) ALBERTO SÁNCHEZ: Prólogo a su edición de *Poesía sevillana en la Edad de Oro*, ed. Castilla, col. Clásicos Castilla, Madrid, 1948.

Creemos que hubiera debido resumir el contenido doctrinal de la obra de San Juan, basándose en los trabajos del padre Crisógono. Se plantea como problemas centrales la antinomia entre el poeta inspirado y el técnico, y la relación entre poema y comentario en prosa.

Dedica Alborg notable espacio a la épica culta: 20 páginas. Sigue a Pierce, el gran especialista, pero frenando un poco su «natural entusiasmo». Frente a algunos intentos recientes se mantiene simpáticamente firme en el ataque a la pedante retórica del género. Hace una división por temas: históricos, religiosos, imaginativos, de asunto americano y burlescos. Estudia con cierta extensión a Ercilla, Balbuena y Hojeda, y hace referencia a varios más.

El capítulo sobre los historiadores de Indias se basa en Menéndez Pelayo, Sánchez Alonso y Esteve Barba. Nos resulta extraño que no cite el estudio de Pidal sobre el lenguaje de Colón.

Dedica, por último, al teatro de la segunda mitad del siglo xvi un amplio estudio. Para el teatro clasicista se basa en la obra de Alfredo Hermenegildo a la vez que ofrece interesantes observaciones personales. El estudio de Lope de Rueda, basado en Cotarelo y Eugenio Asensio, ofrece afirmaciones de cierta originalidad: limita mucho su presunto «realismo». Subraya la intención cómica. Niega que estuviera dedicado a un público exclusivamente popular. Y, sobre todo, considera estas obras como un fenómeno social, pues son las que demuestran a la sociedad de la época la posibilidad de divertirse en el teatro.

Después de este largo y pesado recorrido por las páginas del libro de Alborg, llega ahora el momento de las conclusiones finales.

Comencemos con los reparos: Dedica poca atención al lenguaje; podría remediarse esto muy sencillamente con la utilización de los estudios clásicos de Pidal y Lapesa. En la bibliografía, cita a veces por las ediciones que él ha usado; sería útil citar también las más accesibles al lector español. Las introducciones a los diversos períodos podrían ser mejoradas incorporando algo más de historia económica y social.

El tratado de Alborg se caracteriza, ante todo, por la bibliografía amplísima, puesta al día, bien seleccionada y utilizada con inteligencia. No escasean tampoco las opiniones críticas originales, fruto de la lectura personal. Demuestra Alborg el deseo, que merece todos nuestros elogios, de enfocar cada problema con un criterio moderno, renovador, alejado de las rutinas tradicionales. El capítulo inicial, de caracteres y bibliografía generales, debe ser elogiado sin reservas. La edición es práctica, pulcra y bonita, con un hermoso grabado de

*La Celestina* en la portada; demuestra el progreso que ha experimentado últimamente, en este sentido, la editorial Gredos.

El tratado de Alborg posee un valor esencial: su utilidad práctica. En este sentido supera probablemente a casi todos los manuales existentes. Para el estudiante universitario, para la persona que desea conocer rápidamente la situación actual de los problemas, la tendencia crítica predominante y la reciente bibliografía, su utilidad es realmente extraordinaria. En este sentido, merecen un elogio sincero el autor y la editorial. Alborg debe enfrentarse ahora con los difíciles problemas que plantea el enjuiciamiento de la literatura de nuestro siglo xvii. Esperamos con impaciencia los próximos volúmenes.—ANDRÉS AMORÓS.

*Pensamiento político de Unamuno* (Selección de textos y estudio preliminar de ELÍAS DÍAZ), Editorial Tecnos, S. A. Madrid.

El matizado estudio preliminar de Elías Díaz contribuye a que el lector de este copioso acervo de textos no se pierda en las contradicciones que estos pudieran sugerir ni se vea tentado a dar un valor actual a un pensamiento político que, en conjunto, ya no puede tenerlo. Ni tampoco justifique con él la tópica condena de un pasado del que Unamuno es el exponente calificado en tanto que su pensamiento revela la crisis del liberalismo decimonónico. Los presupuestos ideológicos de que parte Unamuno son tres: liberalismo, espiritualismo e individualismo. Unamuno es ante todo un liberal. Pero hacia 1914 se produce en Europa la crisis del liberalismo del xix. Unamuno no será capaz de pasar de ese liberalismo general a un liberalismo de estricto significado político. De ahí sus críticas no suficientemente matizadas que afectan no solamente a las deformaciones, sino al fondo mismo de las instituciones liberales. Su concepción algo mítica del liberalismo como una especie de «religión de la libertad» no puede sustentar un pensamiento político evolutivamente coherente. Pero por muchas que sean sus incoherencias no por ello acaba aceptando ninguna especie de totalitarismo. Su crítica a los partidos políticos tampoco le lleva al partido único. Por todo ello, puede decir Elías Díaz que «hasta cierto punto es el símbolo de alguna de las contradicciones internas y de las incoherencias del sistema liberal».

La lectura de todos los textos nos produce la impresión penosa de un pensamiento dominado por la contradicción, si no por la confu-